EL GRIMORIO AUSTRAL

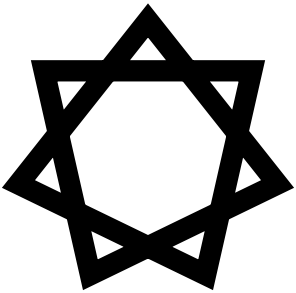
PLANCHA 741.6

VIGILES

LOS EGRÉGORES Y LAS CORRIENTES COLECTIVAS



TRES INICIADOS



Plancha 741.6: Vigiles

Los egrégores y las corrientes colectivas

Abadía Argentum

ABADÍA ARGENTUM

Esa noche el viento austral golpeó las chapas del obrador sin tregua. Clara dijo que nadie es dueño del viento: se lo lee, se le abre o se le cierra una puerta, se orienta una vela, pero no se lo fabrica. Ignacio respondió que con el fuego de la fragua ocurre algo parecido: él lo alimenta, no lo inventa. Mateo escribió las dos frases en el margen antes de empezar.

∴

6.1. Naturaleza del egrégor

Hasta aquí la obra se levantó hacia adentro. Este capítulo mira hacia afuera. Ninguna construcción política nace en un campo vacío, sino entre corrientes que la preceden y seguirán corriendo cuando ella ya no exista. Antes de operar, el operador aprende a reconocerlas.

La tradición llama a esas corrientes **egrégores**. El nombre procede de los Vigilantes del Libro de Enoc, los ángeles que, en la versión griega del texto, descienden a la tierra, se mezclan con los hombres y alteran su orden: seres que velan y que, al intervenir, cambian el curso de las cosas. Éliphas Lévi, en *Le Grand Arcane*, retomó a esos Vigilantes y los presentó como fuerzas temibles; los ocultistas posteriores extendieron el término a la fuerza que se forma cuando muchos se reúnen en torno a un mismo signo y que luego parece obrar por sí misma. Las escuelas no le dieron siempre el mismo sentido, y no hace falta unificarlas. Basta el núcleo común que todas reconocen: lo que muchos alimentan durante mucho tiempo adquiere una vida que ya no depende de ninguno.

En este libro, **el egrégor es una corriente colectiva que se forma, se acumula, entra en latencia, se reactiva y se transforma; persiste más allá de quienes la originaron, y nadie la posee del todo**. Es un campo de fuerza hecho de memorias, emociones, gestos, fechas, lugares y nombres que, unidos, generan disposición a actuar. Émile Durkheim, en *Las formas elementales de la vida religiosa*, describió la intensidad

que una reunión produce en sus participantes y que ellos atribuyen a un emblema exterior: el ocultista y el sociólogo miran el mismo fenómeno desde dos orillas.

6.2. Lo que el egrégor no es

Tres confusiones arruinan obras enteras. La primera confunde el egrégor con la **copa**. La organización, como se vio al elegir los instrumentos, es el recipiente que contiene emociones colectivas y les da continuidad; el egrégor es el agua que corre por el territorio antes de que exista recipiente alguno, y que puede desbordarlo, abandonarlo o sobrevivirle. Una agrupación puede tener local, padrón y sello sin que por ella corra ninguna corriente; una corriente puede recorrer una provincia entera sin que ninguna organización la contenga.

La segunda lo confunde con la **entidad**. La entidad tiene nombre, atributos, dominio y oficio; se la convoca y admite custodios. El egrégor no responde a un nombre: se lo encuentra, se lo despierta o se lo canaliza. Ambos se tocan, porque una entidad suele servir de foco a una corriente (un prócer concentra la fuerza de una fecha, un santo patrono la de un pueblo), pero confundirlos lleva a invocar lo que solo puede acompañarse.

La tercera lo confunde con la **voluntad del operador**. La voluntad es dirección consciente; el egrégor es fuerza acumulada sin dirección propia. Una plaza llena no quiere una sola cosa: reúne motivos diversos bajo una misma intensidad. El operador que toma la intensidad por mandato, y cree que la multitud desea exactamente lo que él desea, ha dejado de leer y empezado a proyectar.

Elemento	Qué es	Relación del operador
Copa	Recipiente organizado	La construye y la gobierna
Entidad	Figura o principio con nombre	La convoca y le sirve
Voluntad	Dirección consciente	La ejerce
Egrégor	Corriente colectiva acumulada	La lee, la sirve, la canaliza

6.3. Génesis y acumulación

Toda corriente tiene un origen, aunque rara vez sea un acto deliberado. En el campo de cualquier obra hay una escena así, y el operador debe encontrarla: la noche en que un barrio se juntó en la esquina porque el agua había entrado en las casas y nadie vino; la asamblea que llenó el salón de un pueblo cuando cerró la fábrica que lo sostenía. Nadie los había organizado del todo. Lo que esa reunión produjo fue una experiencia compartida que desbordó a quienes la vivían y quedó adherida a una fecha, a un lugar y a un nombre.

La efervescencia, sin embargo, se disipa si nada la retiene. Para que haya egrégor hace falta **acumulación**. Maurice Halbwachs, discípulo de Durkheim, mostró en *Los marcos sociales de la memoria* que el recuerdo solo se reconstruye dentro de marcos colectivos: la familia, el oficio, la nación. La acumulación opera por cuatro vías: la repetición (la fecha que vuelve, el canto, el gesto), los soportes materiales (plazas, monumentos, objetos guardados), el relato que nombra lo vivido y la transmisión de una generación a la siguiente. Cuando la copa contiene la emoción y la espada la nombra una y otra vez, durante el tiempo suficiente, la corriente adquiere continuidad propia. Ninguna recorre siempre el ciclo completo ni en el mismo orden, pero el esquema permite situarla.

6.4. Corrientes latentes

La latencia no es olvido. Es el estado en que una corriente permanece disponible, sin manifestación pública, a la espera de una circunstancia que le devuelva intensidad. Los iniciados escriben en años de veda, y saben de qué se trata: en cada campo hay una sociedad de fomento disuelta, una cooperativa que dejó de funcionar, una causa que la gente dejó de nombrar en voz alta y que sigue viva en las cocinas, en los talleres, en la memoria de los viejos del barrio. Esas corrientes no tienen copa ni conductor presente. Se las encuentra en un retrato que nadie descolgó o en una palabra que se baja de tono al pronunciarla.

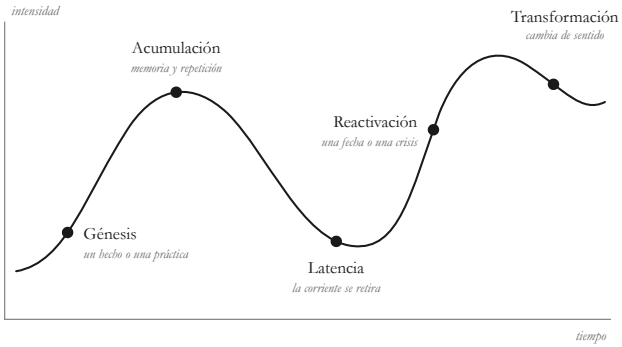


Figura 7. Vida de un egrégor: génesis, acumulación, latencia, reactivación y transformación.

Clara, la jardinera.

Clara contó que en los valles altos de Tucumán hay semillas que caen en otoño y pasan el invierno bajo

la escarcha. «Quien escarba en julio no encuentra nada», dijo, «y concluye que el campo está muerto. Pero la semilla no duerme por debilidad: duerme para no gastarse antes de tiempo. Cuando llega la estación, brota sola, y el jardinero que no la esperaba cree que la sembró otro.» Una corriente latente se lee por lo que guarda, no por lo que muestra.

Una corriente dormida puede despertar con muy poco, y por eso no se la trata como agotada; pero despierta cuando una circunstancia toca su núcleo de sentido, no cuando alguien lo decide desde una tribuna. La prohibición suele ser su mejor abono: lo que se reprime se carga de sentido y se concentra. Para la obra que empieza de cero, la latencia ofrece una fuerza ya acumulada, pero exige acercarse como quien entra en casa ajena.

Ignacio, el herrero.

Ignacio explicó cómo se conserva la fragua de un día para otro. Al terminar la jornada no se deja arder el carbón ni se lo apaga con agua: se juntan las brasas en el centro y se las cubre con ceniza. «La ceniza parece muerte», dijo, «pero es abrigo. Abajo el fuego respira apenas, lo justo para no morir. A la mañana basta soplar.» Quien cuida una corriente en tiempos adversos no la expone a la intemperie ni la ahoga: la cubre, y sabe dónde soplar.

6.5. Corrientes históricas y reactivación

Las corrientes históricas se anclan en un acontecimiento fundante y se renuevan por calendario. Cada campo tiene el suyo, y el operador lo levanta como un agrimensor levanta un terreno: las fechas patrias que la escuela renueva cada año, el día del santo patrono, el aniversario de la fundación del pueblo, la fecha de una tragedia o de una conquista que el sector recuerda. Cada tradición política del lugar cultiva las propias, y una misma fecha puede alojar dos corrientes que la leen de modo opuesto. La fecha vuelve sola, pero su sentido se discute cada año.

La reactivación muestra la fuerza de estas corrientes. Un hecho mínimo basta a veces: la muerte de un dirigente vecinal al que todos creían olvidado, el cierre del hospital que fundaron los abuelos, el aniversario redondo de una inundación. El salón no alcanza, aparecen banderas que nadie sabía que alguien guardaba, y una corriente que parecía vencida se revela intacta en una sola tarde. La pérdida no la disuelve: la reúne.

> **Mateo, el albañil.**
>
> Mateo recordó una casa de La Plata demolida después de un incendio. «Se cayeron los techos, los tabiques, las molduras», dijo, dejando la escuadra sobre la mesa. «Cuando limpiamos el terreno, los cimientos estaban enteros, a plomo, como el día que se echaron. Sobre ellos se levantó otra casa, distinta,

que no habría podido sostenerse sin la primera.» Una corriente histórica es eso: lo que queda en pie bajo el suelo cuando el edificio visible se derrumba.

6.6. Corrientes circunstanciales

Algunas corrientes no vuelven: irrumpen. Surgen ante un conflicto o una crisis, y su rasgo distintivo es que preceden a cualquier conducción. Una suba de tarifas que nadie puede pagar, un crimen que conmueve a una ciudad entera, el anuncio de que el ramal dejará de pasar: vecinos que nunca se habían reunido ocupan la plaza, y lo que ocurre en la calle excede cualquier convocatoria. Todas las organizaciones llegan tarde.

La corriente circunstancial enseña lo inverso de la latente: es intensa, breve y sin dueño, y se disipa si no encuentra copa. Quien pretende apropiársela en caliente suele ser rechazado, porque la corriente desconfía de toda mano que no estuvo en su origen. El operador puede ofrecer, después, el recipiente donde esa agua derramada encuentre forma, sin pretender haberla producido. Muchas obras nacen así: de dar continuidad a lo que una crisis reunió.

6.7. Corrientes institucionalizadas

Una corriente circunstancial se institucionaliza cuando una práctica se repite con regularidad y adquiere forma estable. La procesión que cada año sale de la misma capilla, la marcha anual de una causa que no se resigna, la olla de los sábados en el mismo patio, la reunión de los jueves frente al mismo edificio: lo que empezó como respuesta a una urgencia se volvió costumbre, y la costumbre se volvió signo.

En todas reaparecen los tres componentes de la institucionalización: un **lugar** (la plaza, el patio, el atrio), una **liturgia** (el recorrido, el día fijo, el orden de los gestos) y un **signo** (el pañuelo, el estandarte, la imagen que se carga). Su copa es la repetición misma, y la forma no la enfría: la protege. Una corriente institucionalizada es la más estable y la más exigente, porque ya tiene custodios, y quien se acerca a ella sin respetar su liturgia la ofende.

6.8. Transformación, identidades y sentimientos

Un egrégor puede cambiar de sentido, de representación o de intensidad sin perder continuidad. La jornada que nació como protesta termina en festejo oficial; la causa local que empezó en un corte de ruta se vuelve fiesta provincial con reina y desfile. George Mosse, en *La nacionalización de las masas*, estudió mecanismos comparables en Europa: la política moderna absorbe liturgias y fiestas de masas y las reorienta. La espada vuelve a nombrar lo que la copa ya contenía.

Conviene distinguir, por último, la identidad del sentimiento. La identidad responde a la pregunta «quiénes somos»; el sentimiento colectivo, a la pregunta «qué fuerza nos atraviesa ahora». Las identidades son cauces: radicales, peronistas, socialistas, conservadores, federales, desarrollistas, cada una con sus fechas y sus muertos, y también las de lugar y de oficio. Los sentimientos son el agua: esperanza, indignación, orgullo, temor, duelo, pertenencia. Un mismo sentimiento puede recorrer identidades opuestas, y una identidad puede quedarse sin sentimiento que la habite. El egrégor nace donde ambos se encuentran: un sentimiento que encontró cauce y un cauce que fue colmado.

∴

6.9. Qué puede y qué no puede una obra frente a un egrégor

Nadie posee un egrégor. Quien lo intenta confunde el agua con la copa y termina con la copa vacía. Frente a una corriente, una obra puede hacer cinco cosas.

Servirla. Ofrecerle forma, continuidad y custodia sin exigirle obediencia: dar recipiente a lo que corre, no apropiarse de lo que corre. Es la relación más estable y la más lenta.

Canalizarla. Orientar su intensidad hacia una dirección compatible con su sentido. Toda canalización tiene un límite: la corriente sigue su cauce o lo abandona, y si el operador la desvía de su núcleo, se retira.

Despertarla. Tocar el núcleo de una corriente latente en el momento justo, con el signo justo. Se despierta lo que ya estaba; no se crea por decreto lo que nunca existió.

Ofenderla. Usarla sin respeto por su liturgia, sus muertos o su sentido. La corriente ofendida no se disipa: se vuelve contra quien la ofendió y lo recuerda durante años.

Perderla. Una obra que fue habitada por una corriente puede quedarse sin ella si traiciona el sentimiento que contenía, si se encierra en su estructura o si confunde su propio interés con el de quienes la llenaron. La copa sigue en pie; el agua ya no está.

6.10. La obra en construcción

La obra tiene ya su operador y su círculo, su templo, sus instrumentos, su constelación y su sello, todo hecho con la puerta cerrada. Al abrirla, el operador descubre que por el campo corren aguas más viejas que su nombre.

La decisión de esta etapa es de lectura, no de acción. Se toma la constelación del capítulo IV y se busca, para cada principio y cada figura tutelar, la corriente que ya la habita en el campo; se toma el sello del capítulo V y se pregunta qué fechas, lugares y signos del calendario local toca, refuerza o contradice. Si la obra es una agrupación territorial de un barrio, el campo es pequeño y denso: tres o cuatro corrientes, conocidas por nombre y apellido. Si es una asociación que defiende una causa en toda una provincia, las corrientes son más anchas y más frías: hay que hallar dónde la causa toca una memoria común a pueblos que no se conocen. Si aspira a convertirse en partido, deberá vérselas con las grandes identidades, que ya tienen copa y custodios celosos, y elegir con cuál dialoga, de cuál se separa y a cuál no nombra.

Los errores típicos de una construcción que empieza de cero son tres. El primero, creer que la obra puede fabricar su propio egrégor por decisión y difusión, cuando solo puede servir, canalizar o despertar lo que ya corre. El segundo, apropiarse en caliente de una corriente circunstancial. El tercero, elegir una fecha fundacional o un color sin saber qué corriente los custodia, y ofender sin querer lo que la obra pretendía servir.

Mateo comparó la etapa con el estudio de suelo que hizo antes de echar los cimientos de la residencia; Clara, con el día en que recorrió el terreno para ver por dónde escurría el agua de lluvia. Esta lectura entrega el material del capítulo siguiente: ninguna operación se ejecuta bien sin saber qué fuerzas rodean el círculo.

Trabajo del obrador. Sexta operación: leer las corrientes

Con la constelación trazada en la cuarta operación y el sello de la quinta sobre la mesa, el operador sale del templo y lee el campo colectivo en que su obra va a nacer.

1. Determinar el campo de la obra y su escala (barrio, municipio, provincia, sector o causa), y levantar su calendario: fechas, lugares de memoria, muertos, signos guardados.
2. Nombrar las corrientes que lo atraviesan y clasificarlas: latentes (qué duerme y qué podría despertarlo), históricas (qué fechas, lugares y muertos convocan), circunstanciales (qué irrumpió en los últimos años y quedó sin copa), institucionalizadas (qué liturgias tienen ya custodios).
3. Trazar, para cada principio y figura de la constelación, con qué corriente se toca y en qué fecha, lugar o signo se produce ese contacto.

4. Cotejar el sello, los colores y la fecha fundacional elegidos en la quinta operación con ese calendario: corregir lo que ofenda una corriente que la obra pretende servir.
5. Distinguir las corrientes que la obra puede servir, las que puede despertar, las que debe acompañar a distancia y las que debe evitar.
6. Escribir en una sola frase el sentimiento colectivo que la copa va a contener (esperanza, orgullo, indignación, pertenencia u otro), y comprobar que no contradiga ninguna corriente que la obra pretende servir.

Resultado. Un mapa del campo colectivo: una página con las corrientes clasificadas en cuatro columnas, sus puntos de contacto con la constelación y con el sello, la relación que la obra tendrá con cada una y, al pie, el sentimiento que su copa va a contener.

Al terminar, Clara abrió la puerta del obrador y dejó entrar el viento un instante. Nadie lo había llamado y, sin embargo, apagó una de las velas y avivó la otra.

Fuentes

- Charles, R. H. (ed.). *The Book of Enoch*. Oxford: Clarendon Press, 1912.
- Durkheim, Émile. *Les formes élémentaires de la vie religieuse*. París: Félix Alcan, 1912.
- Halbwachs, Maurice. *Les cadres sociaux de la mémoire*. París: Félix Alcan, 1925.
- Lévi, Éliphas. *Le Grand Arcane, ou l'occultisme dévoilé*. París: Chamuel, 1898.
- Mosse, George L. *The Nationalization of the Masses*. Nueva York: Howard Fertig, 1975.

Traducción al español hecha directamente desde el original inglés en dominio público.

Abadía Argentum: https://thelema.prometeolatam.online

Agradecimiento a Frater Adael por el armado de la biblioteca.

Traducciones de la Abadía Argentum bajo licencia Creative Commons Atribución, No Comercial, Compartir Igual 4.0 (CC BY-NC-SA 4.0). Los textos originales están en dominio público.

La Abadía Argentum es libre y gratuita. Si querés sostenerla, podés hacer una donación libre en https://thelema.prometeolatam.online/sobre/#donar